

**La parábola populista. Reflexiones a partir de *La Razón Populista* de Ernesto Laclau,  
Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005**

**Javier Balsa**

**UNQ, UNLP, CONICET**

El nuevo libro de Laclau podría parecer una respuesta coyuntural al resurgimiento actual del populismo en América Latina. Sin embargo, sabemos que para Laclau la preocupación por lograr una conceptualización del populismo no es nueva. Incluso es posible interpretar *La Razón Populista* (*LRP*) como el punto de llegada de una larga parábola de reflexión sobre la política, que comenzó hacia mediados de los años setenta, justamente con un esfuerzo por comprender el populismo incorporándolo a una reformulación de la teoría política marxista<sup>1</sup>. Su elaboración posmarxista subsiguiente, si bien intentó dar cuenta teórica y estratégicamente de la complejidad de las sociedades capitalistas avanzadas y, al mismo tiempo, fue el resultado del impacto en Laclau de una serie de lecturas teóricas (Wittgenstein, Derrida, Lacan, entre otros), nunca dejó de lado el problema del populismo.<sup>2</sup> Finalmente, Laclau logra, utilizando todo este desarrollo teórico, desplegar una perspectiva novedosa para abordar el fenómeno populista. Así, este recorrido, como las parábolas geométricas, no arriba al mismo punto de partida. Existen importantes diferencias entre el populismo de *Política e ideología en la teoría marxista* y el de *LRP*, aunque presentan más puntos de contacto que los que el propio Laclau pareciera reconocer, ya que ni siquiera menciona en su último libro la existencia de aquella primera elaboración sobre el tema. Volveremos sobre estas cuestiones al final de este trabajo, luego de realizar una síntesis de la línea argumental desarrollada en *LRP*.

La ruptura que propone Laclau, con respecto a las anteriores visiones sobre el populismo, está presente ya desde el título de la obra: hay una “razón” populista, lo que

---

<sup>1</sup> E. Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista*, Madrid, Siglo XXI, 1978 [edición inglesa de 1977]; en especial el capítulo “Hacia una teoría del populismo”.

<sup>2</sup> Laclau ha comentado que cuando leía a esos teóricos, los ejemplos que le venían a la mente no eran de textos filosóficos o literarios, sino de la propia política argentina (E. Laclau, “Teoría, democracia y

implica un doble movimiento, por el cual el populismo puede ser abordado por la ciencia social (ahora es racionalizable), al tiempo que la propia acción de las masas de adherir entusiastamente a los movimientos populistas se vuelve razonable y hasta racional.

Buscar una racionalidad específica al populismo significa no pensarlo, como casi siempre se había hecho, como un epifenómeno y/o como una desviación. En este sentido, Laclau realiza una serie de operaciones de inversión de los elementos que caracterizaban al populismo en la bibliografía existente. En vez de rechazarlos, los retoma e integra, pero ahora con un sentido positivo/constructivo, frente a la perspectiva negativa/irracionalizante que presentaban en dichas tradiciones. De este modo, frente a la crítica sobre la "vaguedad" ideológica del populismo, Laclau explora qué es lo que intentan performar los procesos de simplicación y vacío ideológico característicos del populismo.

Del mismo modo, en estas perspectivas previas, las identidades construidas en torno a símbolos populistas difusos eran concebidas como expresión de irracionalidad (opuestas a identidades basadas en intereses objetivamente definidos). Para Laclau, toda esta distinción es errónea pues la retórica es parte constitutiva de la construcción de las identidades políticas y no sólo un puro adorno del lenguaje. Esta cuestión la había elaborado en "Política de la retórica"<sup>3</sup> (donde afirma que la estructuración de la vida social se identifica con una "retórica generalizada" y, más específicamente, que toda hegemonía es sólo posible a través de re-totalizaciones parciales posibles por el movimiento tropológico).<sup>4</sup> Aunque Laclau no lo menciona explícitamente, esta relación entre reconceptualización de la retórica y una nueva forma de pensar el populismo ya había sido esbozada por Peter Worsley.<sup>5</sup> Cabe

---

socialismo" en *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1993, pp. 210-211).

<sup>3</sup> E. Laclau, "Política de la retórica" en *Misticismo, retórica y política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.

<sup>4</sup> Vemos aquí cómo la evolución teórica del propio Laclau le ha permitido pensar de modos muy diferentes el populismo. En "Hacia una teoría del populismo" aún tenía un concepto negativo de la retórica: "... 'pueblo' no es un mero concepto retórico, sino una determinación objetiva..." (*Política e ideología...*, op. cit., p. 193; subrayado mío). Pero, ya en *Hegemonía y estrategia socialista* había cambiado drásticamente su enfoque: "Sinonimia, metonimia, metáfora, no son formas de pensamiento que aporten un sentido segundo a una literalidad primaria a través de la cual las relaciones sociales se constituirían, sino que son parte del terreno primario mismo de constitución de lo social" (E. Laclau y C. Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1987, p. 126).

<sup>5</sup> P. Worsley, "El concepto de populismo", en G. Ionescu y E. Gellner (comp.), *Populismo. Sus significados y características nacionales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970, p. 277.

aclarar que el trabajo de Worsley es uno de los pocos que Laclau reconoce como un antecedente a su enfoque, rescatando su identificación del populismo con una dimensión de la cultura política en general, que atraviesa las diferencias ideológicas y sociales; y su sugerencia de atender a la participación popular genuina y efectiva presente en los fenómenos populistas.<sup>6</sup> Podemos agregar que Laclau también retomará de Worsley la relación que establece entre exigencias particulares y su unificación en un programa general.<sup>7</sup>

Luego de la revisión de la literatura sobre el populismo, Laclau va en busca del sustrato teórico-ideológico que le proveyó de la matriz para incluirlo dentro de fenómenos políticos “aberrantes”: la “psicología de las multitudes”. De hecho, el análisis de ambas cuestiones conforma la primera parte de *LRP*, titulada justamente “La denigración de las masas”. Señala cómo a partir de Le Bon, los fenómenos de la psicología de las masas serán encuadrados como pertenecientes al campo de “lo patológico”, pero al mismo tiempo, como rasgos permanentes de las sociedades modernas. Además, Le Bon también asocia lo grupal con lo irracional. Luego Laclau historiza un cierto abandono progresivo de estas dos asociaciones por parte de la psicología social posterior, aunque también encuentra que el sesgo ideológico antipopular (la *grande peur* frente al ascenso social y político de “las masas”<sup>8</sup>) le impidió avanzar en la comprensión de la construcción de las identidades políticas y sociales a pesar de haber abordado cuestiones de indudable significación para su aprehensión (como la relación palabras/imágenes, el predominio de lo “emotivo”, la sensación de omnipotencia y el papel de los líderes).

En un nivel diferente ubica Laclau a la obra de Freud “Psicología de las masas y análisis del yo”. Según la lectura que Laclau desarrolla de algunas líneas apenas esbozadas en los textos de Freud, “el líder sólo será aceptado si presenta, de un modo particularmente marcado, los rasgos que comparte con aquellos que se supone debe liderar” (p. 83).

---

<sup>6</sup> De hecho, Laclau ya lo reconocía como un antecedente en *Política e ideología...*, op. cit., p. 169.

<sup>7</sup> P. Worsley, “El concepto...”, op. cit., p. 278.

<sup>8</sup> Temor a las masas que, por cierto, también estuvo por detrás del surgimiento de la propia sociología (I. Zeitlin, *Ideología y teoría sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970).

Entonces, ese "algo en común" que posibilita la identificación, no puede ser exclusivamente el amor por el líder, sino algún rasgo positivo compartido por el líder y los liderados. Por lo tanto, "la necesidad de liderazgo sigue existiendo, pero constituye un liderazgo mucho más democrático que aquel implicado en la noción del déspota narcisista" (p. 84). También señala, lo que él interpreta como dos lógicas sociales que, en diversos grados, intervienen en la constitución de todos los grupos sociales: la basada en el vínculo libidinal con el líder y la basada en la organización.<sup>9</sup>

El recorrido que Laclau realiza en la primera parte le sirve para generar una verdadera *ruptura epistemológica*, y presentar una conceptualización completamente novedosa del populismo desarrollada en la segunda parte de la obra, titulada "La construcción del pueblo", que puede considerarse el verdadero núcleo del trabajo.

Como punto de partida, la unidad de análisis mínima no será el grupo sino la demanda (como petición y como posesión de un reclamo). En su respuesta a las críticas que le formula Zizek a *LRP*, Laclau profundiza la descripción del proceso por el cual una petición se convierte en reclamo: "cuando las demandas no van más allá de la etapa de meras peticiones, tenemos una situación altamente institucionalizada", pero luego "lo que se pedía dentro de las instituciones se convirtió en reclamos dirigidos a las instituciones, y en cierta etapa estos pasaron a ser reclamos contra el orden institucional".<sup>10</sup>

En determinadas condiciones históricas, la acumulación de demandas insatisfechas y la incapacidad del sistema institucional para absorberlas de un modo diferencial (cada una de manera separada de las otras), establece entre ellas una relación equivalencial ("lógica de la equivalencia" en contraste con la "lógica de la diferencia").<sup>11</sup> Comienzan a articularse

---

<sup>9</sup> Freud afirma que una masa puede adquirir, "por exceso de 'organización', las propiedades de un individuo. De lo cual podría interpretarse que abre la posibilidad de que la masa no tenga un conductor (S. Freud, "Psicología de las masas y análisis del yo", en *Obras completas*, vol. 18, Buenos Aires, Amorrortu, 1993, p. 109).

<sup>10</sup> E. Laclau, "Por qué construir un pueblo es la tarea principal de la política radical", *Cuadernos del Cendes*, v. 23, n. 62, Caracas, mayo 2006, p. 7-8. Versión original publicada en *Critical Inquiry*, 32 (4), 2006, en respuesta a Slavoj Zizek, "Against the Populist Temptation", *Critical Inquiry*, 32 (3), Spring 2006.

<sup>11</sup> En *LRP* Laclau avanza en relación con anteriores obras, en cuanto explicita la articulación de ambas lógicas. Los obstáculos de la lógica de la diferencia fuerzan a sus mismos proponentes a identificar enemigos

(en un sistema estable de significación) y a constituir un "pueblo", dicotimizándose el espectro social con una frontera.

En un discurso institucionalista el principio universal de la "diferencialidad" se convierte en la equivalencia dominante dentro de un espacio comunitario homogéneo y se intenta hacer coincidir los límites de la formación discursiva con los límites de la comunidad. He aquí la clave de la tendencia hacia la despolitización, hacia una *piecemeal engineering*, como se refiere implícitamente Laclau a la propuesta popperiana para la intervención (a)política.<sup>12</sup>

En cambio, en el populismo encontramos una frontera de exclusión que divide la sociedad en dos campos. Ésta será justamente la lógica populista: una *plebs* (los menos privilegiados) reclaman ser el único *populus* (el cuerpo de todos los ciudadanos) legítimo. Un componente parcial que aspira a ser concebido como la única totalidad legítima, en una operación típica de la elaboración de hegemonía.<sup>13</sup>

En este movimiento, la identidad popular debe despojarse de contenidos particulares a fin de abarcar demandas sociales que son totalmente heterogéneas entre sí; por ello, funciona como un significante tendencialmente vacío.<sup>14</sup> Así Laclau puede concluir su crítica a la crítica a la "vaguedad" que los autores anteriores señalaban en el populismo, pues ésta se torna una característica esencial para operar sobre la heterogeneidad.

Esta misma línea de reflexión abre la cuestión de la nominación. Retomando a Zizek, la identidad y la unidad del objeto son resultado de la propia operación de nominación. La identidad popular constituye la plenitud de la comunidad que es negada y, como tal, permanece inalcanzable. La efectividad del nombre es que, de un modo

---

y a reintroducir un discurso de la división social basado en lógicas equivalenciales. Por otro lado, las equivalencias pueden debilitar pero no domesticar las diferencias.

<sup>12</sup> Ver K. Popper, *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza, 1973. Sobre esta cuestión ver G. Irzik, "Popper's Piecemeal Engineering: What is Good for Science is not always Good for Society", *The British Journal for the Philosophy of Science*, Vol. 36, no. 1 (marzo 1985).

<sup>13</sup> Recordemos que la "lógica" sería el tipo de relaciones entre entidades que hace posible que el sistema de reglas (que constituye la gramática) funcione realmente (E. Laclau, "Construyendo la universalidad", en J. Butler, E. Laclau y S. Zizek, *Contingencia, hegemonía, universalidad*, Buenos Aires, FCE, 2000, p. 284).

<sup>14</sup> Un desarrollo más detenido del concepto de significante vacío puede encontrarse en E. Laclau, "¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?", en *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel, 1996.

relativamente oculto, alude a la totalidad social indecible. Podemos aquí hacer referencia a otra acepción de “parábola”, como narración alegórica sencilla que encadena metáforas para instaurar un significado connotativo que puede convertirse en una referencia estable.

De la nominación, Laclau rápidamente se desliza hacia la cuestión del liderazgo: "la forma extrema de singularidad es una individualidad. De esta manera casi imperceptible, la lógica de la equivalencia conduce a la singularidad, y ésta a la identificación de la unidad del grupo con el nombre del líder" (p. 130). Y, en este punto, la referencia de Laclau es hacia Hobbes; pero también hacia Freud, ya que la unificación simbólica del grupo en torno a una individualidad es inherente a la formación de un pueblo.

Para finalizar su conceptualización del populismo, Laclau incorpora otra dimensión, la del afecto. La investidura radical de nombrar algo nuevo pertenece necesariamente al orden del afecto, que se constituye a través de la catexia diferencial de una cadena de significación. Por ello la contingencia no supone que dicho objeto pueda ser cambiado a voluntad, pues sedimenta en determinados nombres, e incluso también en instituciones (y aquí reaparece la referencia a Gramsci).

Luego Laclau levanta los dos supuestos simplificadores que había formulado para lograr una exposición más clara: la existencia de una frontera dicotómica estable dentro de la sociedad, y el no efecto de la permanencia del particularismo de las demandas dentro de la cadena equivalencial.

En primer lugar, si no existe “frontera”, cada demanda puede estar sometida a la presión estructural de dos cadenas equivalenciales. En este sentido, la noción de significante flotante intenta aprehender conceptualmente la lógica de los desplazamientos de esa frontera (mientras que el significante vacío se vincula con la construcción de una identidad popular una vez que la presencia de una frontera estable se da por sentada<sup>15</sup>). La gramsciana “guerra de posiciones” es pensada como una lógica del desplazamiento de las fronteras políticas a través de la redefinición de los significados flotantes en una articulación con un significante vacío. Así, en la práctica, son dos operaciones hegemónicas que se superponen.

En segundo lugar, si la relación equivalencial no elimina el particularismo de las demandas, algunas de éstas no pueden ser incorporadas a la cadena equivalencial pues se oponen a los objetivos particulares de demandas que ya son eslabones de esa cadena. De modo que, por fuera de una cadena equivalencial, no sólo se encuentra un poder antagónico, sino también algo que no tiene acceso a un espacio general de representación. Laclau desarrolla entonces la cuestión de la heterogeneidad constitutiva como exterioridad irrepresentable.

La segunda parte de la obra se cierra analizando las implicaciones que esta redefinición del populismo tiene sobre la conceptualización de la representación y de la democracia. Nuevamente, Laclau invierte la relación negativa que, en la literatura especializada, mantenían estos dos conceptos con el populismo. Retomando “Poder y representación”<sup>16</sup>, sostiene que la función homogeneizante del significante vacío constituye la cadena y, al mismo tiempo, la representa.<sup>17</sup> También señala que “la principal dificultad con las teorías clásicas de la representación política es que la mayoría de ellas concibió la voluntad del pueblo como algo construido *antes* de la representación” (p. 206).<sup>18</sup> Luego agrega que, como la democracia sólo puede fundarse en la existencia de un sujeto democrático, cuya emergencia depende de la articulación vertical entre demandas equivalenciales, la posibilidad misma de la democracia depende de la constitución de un “pueblo” democrático. La inversión de la relación tradicional entre populismo y democracia no podía ser más drástica.

La tercera y última parte del libro, titulada “Variaciones populistas”, es la más

---

<sup>15</sup> Ver un ejemplo de la relación entre significantes flotantes y vacíos en “Poder y representación”, en *Emancipación...*, op. cit., p. 168.

<sup>16</sup> *Ibid*, pp. 149-182.

<sup>17</sup> En un sentido similar, se ha planteado que la representación de tipo populista es hoy un rasgo distintivo de las propias democracias liberales (B. Arditi, “El populismo como periferia interna de la política democrática”, *E-l@tina*, Vol. 2., núm. 6, Buenos Aires, enero-marzo de 2004, p. 69-70).

<sup>18</sup> Tal vez sería aconsejable reemplazar el término “representación” (tan asociado a la tradición liberal representativa) por los de “articulación política” y de “delegación”, distinguiendo los dos significados contenibles en el primero.

heterogénea, ya que la dedica a sugerir distintos tipos de populismos, a analizar sus límites observando experiencias fracasadas, y a plantear la distancia que su planteo en *LRP* posee con otros desarrollos teóricos que, en principio, podrían parecer similares.

En primer lugar, como reconoce que no ha llegado a un “concepto rígido” de populismo, sino a un área de variaciones, analiza qué tipos de fenómenos pueden inscribirse en ella. Laclau revisa algunos ejemplos históricos para explorar tendencias: el boulangismo, la estrategia del PCI en la segunda posguerra, la Liga del Norte y Berlusconi, los populismos latinoamericanos clásicos, los de Europa del Este y alguna breve referencia a la Larga Marcha de Mao. Luego analiza cómo, si bien la lógica equivalencial opera de igual modo, los significantes centrales que unifican la cadena equivalencial son diferentes. Y estas diferencias generan distintos tipos de populismos, de los que sólo propone un pequeño e inconcluso listado: en torno al Estado nacional (modelo jacobino), regional, y etnopopulismo (en el que encuentra una propensión autoritaria estructural).

En segundo lugar, Laclau trabaja sobre los límites y los fracasos de experiencias populistas, que demuestran que no hay nada automático en la emergencia del pueblo. Analiza entonces la experiencia frustrada del Partido del Pueblo estadounidense (con sus grandes dificultades para consolidar el momento universalista), la estrategia de Kemal Atatürk en Turquía (con su imposición autoritaria de la “nación”, construyendo un pueblo sin apoyo popular) y el conflictivo retorno de Perón a la Argentina en los años setenta. Este último caso permite demostrar que el significante tendencialmente vacío puede volverse *completamente* vacío y reunir los contenidos más contradictorios. Recupera la idea de Freud de una situación extrema en la que el amor por el padre sea el único lazo entre los hermanos. Obviamente, la unidad de un "pueblo" constituido de este modo será extremadamente frágil y volátil.

Esta recorrida histórica por distintas experiencias concluye con una perspectiva optimista sobre nuestro tiempo, en el que la disolución de las marcas de la certeza crea la posibilidad política de redefinir constantemente el terreno de lo posible.

En los “Comentarios finales”, además de resumir las líneas argumentales del libro,

toma distancia respecto de tres enfoques que, en principio, podrían parecer cercanos a su perspectiva: el de Zizek (respondiendo la intervención final de este autor en el debate que sostuvo con él y Butler<sup>19</sup>), el de Hardt y Negri (criticando su libro *Imperio*<sup>20</sup>) y el de Rancière (estableciendo tanto los puntos de contacto como las diferencias<sup>21</sup>).

El libro finaliza con una crítica al reemplazo actual del análisis explicativo por la condena ética. Para Laclau esto limita nuestra capacidad para comprender el mundo actual y construir verdaderas alternativas políticas, en una era que se ha tornado totalmente política.

En fin, el texto logra con creces su principal objetivo: cambiar la valencia negativa que las ciencias sociales le habían otorgado al populismo. Sin embargo, el problema es que en su esfuerzo no sólo lo ha recubierto de valoraciones positivas, sino que su halo semántico se ha vuelto demasiado amplio. El propio Laclau es conciente de este exceso, de modo que no siempre queda claro hasta qué punto es un recurso retórico provocador, una toma de posición teórico-epistemológica que busca intencionadamente los solapamientos y las ambigüedades, o simplemente el efecto de un trabajo de tipo exploratorio sobre cuestiones difíciles de aprehender conceptualmente. Así, por ejemplo, reconoce que en su argumentación el populismo se ha ido convirtiendo en sinónimo de “lo político”, pero reafirma este solapamiento pues “al ser la construcción del pueblo el acto político *par excellence* [...] no existe intervención política que no sea hasta cierto punto populista”. Es que para Laclau, el populismo, en tanto operación impugnadora, desarticula la idea de política como mera técnica, como “administración del bien común”.<sup>22</sup>

---

<sup>19</sup> Butler, Laclau y Zizek, *Contingencia...*, op. cit.

<sup>20</sup> M. Hardt y A. Negri, *Imperio*, Buenos Aires, Paidós, 2002.

<sup>21</sup> J. Rancière, *El desencuentro. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1996.

<sup>22</sup> Claramente se visualizan los puntos de contacto con las elaboraciones de Chantal Mouffe para quien la política necesita de un plano conflictivo, y nunca puede reducirse a un nivel “consensual”, aunque ella no establece ningún papel para el populismo en sus análisis. Véase, por ejemplo, C. Mouffe, *El retorno de lo político*, Buenos Aires, Paidós, 1999, *La paradoja democrática*, Barcelona, Gedisa, 2003, y *En torno a lo político*, Buenos Aires, FCE, 2007.

Una idea tan amplia de populismo deriva en múltiples equívocos.<sup>23</sup> Así, por ejemplo, Zizek termina afirmando, como crítica a Laclau (!), que como una postpolítica pura es imposible, todo régimen político necesita una autolegitimación suplementaria de carácter populista, algo a lo que aparentemente el propio Laclau también podría suscribir.<sup>24</sup> Creemos que Laclau se equivoca al no tener en cuenta otras clases de discursos políticos, basados en la producción de otro tipo de sujetos y de exclusiones, que no efectúan ninguna interpelación a un "pueblo" sino a otros colectivos (como la "nación", el "mercado" o la "gente") o incluso a la exaltación de las individualidades (discursos que no dejan de ser políticos, independientemente de la importancia que adquiera su efecto repolitizador<sup>25</sup>).

Los equívocos parten de dos indefiniciones. La primera es que esta concepción gradualista de populismo ha olvidado un elemento que, para el propio Laclau es imprescindible para esta lógica política: el establecimiento de una frontera política: "si esta última desaparece, el "pueblo" como actor histórico se desintegra" (p. 117). Con ella, es decir, con la identificación y reactualización constante del "enemigo", el populismo nunca pierde su potencia revulsiva. Tal vez más que "populismo" deberíamos decir "operación populista", pues una tendencia casi constante de los *populismos realmente existentes* ha sido abandonar progresivamente la identificación del enemigo, y avanzar en propuestas universalizantes de dilución de la frontera.

La segunda indefinición tiene que ver con qué es "el pueblo" en el populismo. Esta cuestión no está resuelta en el trabajo. El problema es dónde fundamentar lo realmente popular de una propuesta populista. Por momentos pareciera que para Laclau es populista cualquier interpelación exitosa basada en la invocación de un "pueblo". Si bien esta definición le permite tomar distancia en relación con una esencialización del pueblo,<sup>26</sup> el

---

<sup>23</sup> Amplitud que Ardite ya criticaba en un texto de Laclau previo a la edición del libro. Véase B. Arditi, "El populismo como espectro de la democracia: una respuesta a Canovan", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 191, 2004, p. 93.

<sup>24</sup> S. Zizek, "Schlangend, aber nicht Treffend!", *Critical Inquiry*, 33 (Autumm 2006)

<sup>25</sup> Efecto que Zizek discute para el caso del populismo, ya que siempre conllevaría una despolitización mínima. Véase S. Zizek, "Schlangend...", op. cit., p. 198-199.

<sup>26</sup> Esencialización presente en "Hacia una teoría del populismo": "...'pueblo'... es... una determinación objetiva, uno de los dos polos de la contradicción dominante al nivel de una formación social concreta" (E. Laclau, *Política e ideología...*, op. cit., p. 193). Incluso en algunos pasajes de *LRP* se mantiene cierta

problema es que convierte en populismo casi todas las propuestas políticas victoriosas en la arena democrática. Para poder salir de este equívoco es necesario precisar el pueblo del populismo, sin por ello retomar posiciones esencialistas. Consideramos que existen otras dos opciones para conceptualizar la construcción del "pueblo" que son coherentes con la propuesta de Laclau, aunque él no las desarrolla.

Una opción sería pensar al "pueblo" como el efecto de una rearticulación exitosa de diversas tradiciones previas que intentaban (con éxito relativo) interpelar a diversos sectores populares. Pero desarrollar esta opción implicaría formular una crítica a la a-historicidad que sobrevuela la *LRP*, especialmente su segunda parte. El recurso al concepto de "demandas" (pre-grupales) como punto de partida de su argumentación, conduce casi inevitablemente a su deshistorización. Es cierto que podría ser un mero recurso expositivo; sin embargo no es inocente. El populismo de Laclau puede articular una pluralidad de demandas en la medida en que éstas se encuentran "aisladas" y pasan a ser "materias primas". La asociación con la idea germaniana de "masas en disponibilidad" resulta difícil de eludir (más allá de las críticas que Laclau le formula a su antiguo profesor). La retórica fundacional característica de los populismo no debe oscurecer su verdadero anclaje dentro de un complejo contexto de discursividades preexistentes, que son rearticuladas para (re)construir un "pueblo".<sup>27</sup>

Una segunda formulación posible de "lo popular" surge de hacer uso del concepto de "buen sentido" presente en Gramsci y retomado de forma más sistemática por José Nun en *La rebelión del coro*<sup>28</sup> (un trabajo al que, asombrosamente, Laclau nunca hace referencia). Sin embargo, en una dirección relativamente similar, Laclau afirma, un tanto sorpresivamente para la línea argumental de *LRP*, que "existe en toda sociedad un reservorio de sentimientos anti *status quo* puros que cristalizan en algunos símbolos *de manera relativamente independiente de las formas de su articulación política*, y es su

---

esencialización: "'el pueblo' no constituye una expresión ideológica, sino una relación real entre agentes sociales..." (p. 97-98).

<sup>27</sup> Es cierto que algo de esto reconoce Laclau en la tercera parte, al hablar de "rearticulación" de las demandas.

<sup>28</sup> J. Nun, *La rebelión del coro*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1989.

presencia la que percibimos intuitivamente cuando denominamos 'populista' a un discurso o una movilización" (pp. 156-157).

Tal vez una combinación entre ambas opciones permita pensar la preexistencia de nociones de "buen sentido" que darían base al "sentido de separación" del que hablaba Gramsci y que estaría presente en las tradiciones populares anteriores a la articulación de las mismas (o de buena parte de ellas) por la interpelación populista. Por otra parte, así se acotaría el margen de maniobras que posee el líder populista ya que se introduce la capacidad de los sectores populares de evaluar cuán popular resulta la propuesta populista. De este modo, es posible atender a la recepción, cuyo olvido es una de las principales críticas que De Ipola le formuló a la primera elaboración de Laclau en *Política e ideología...* y que Laclau parece no haber considerado.<sup>29</sup>

Una definición popular del pueblo y el mantenimiento de la frontera asegurarían la propuesta del propio Laclau en el sentido de que la operación populista resulta una excelente (diríamos casi ineludible) estrategia política para la izquierda, al menos en los tiempos actuales. De hecho, ya en los años setenta Laclau planteaba, criticando el clasismo corporativista del socialismo revolucionario, que la lógica populista debía ser el núcleo de la estrategia de la izquierda en su lucha por lograr la hegemonía; así afirmaba que "un populismo socialista no es la forma más atrasada de ideología obrera, sino su forma más avanzada".<sup>30</sup> Es cierto que en *LRP* se ha perdido el objetivo socialista. No queda claro hasta qué punto ésta ya no es una meta posible (¿o loable?) y el populismo se ha convertido en un fin en sí mismo, o si la lógica populista es una vía para abrir (¿política, pero también heurísticamente?) la posibilidad de explorar alternativas políticas al capitalismo actual. Aquí es donde nos encontramos con las ya habituales críticas de Žizek sobre el abandono

---

<sup>29</sup> E. De Ipola, *Ideología y discurso populista*, Buenos Aires, Folios, 1983.

<sup>30</sup> E. Laclau, *Política e ideología...*, op. cit., p. 203. Una aguda crítica a la asociabilidad del populismo y el socialismo en este libro, la encontramos en E. De Ipola y J. C. Portantiero, "Lo nacional popular y los populismos realmente existentes", en J. Labastida Martín del Campo (comp.), *Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea*, México, Siglo XXI, 1986. Aunque se ha señalado correctamente la asimetría en que incurren al tener sólo en cuenta al socialismo como proyecto, e ignorar las experiencias socialistas reales (G. Aboy Carlés, "Repensando el populismo", en K. Weyland y otros, *Releer los populismos*, Quito, CAAP, 2004, p. 102).

por parte de Laclau de una actitud anti-capitalista<sup>31</sup>, y que se precisan frente a *LRP* en la afirmación de que se debe distinguir entre el nivel de demandar algo al poder, y la acción revolucionaria que siempre está dirigida a destruir dicho poder. Por lo cual, para Zizek, hay que hallar una forma de movilización política que justamente “evada la tentación populista”<sup>32</sup>, pues (como agrega en la continuación del debate con Laclau) el populismo no es lo suficientemente radical como para percibir los lazos entre el capitalismo y la decadencia moral que condena.<sup>33</sup>

Pero la articulación entre populismo y hegemonía en *LRP* tiene también un plano más abstracto. En algunos párrafos no sería sólo una estrategia de la izquierda en su lucha por la hegemonía, sino la operación básica de toda construcción de hegemonía. Aquí estamos nuevamente frente al problema de los solapamientos conceptuales. Consideramos que Laclau se equivoca al negar la posibilidad de hegemonías no populistas, pues incluso puede haberlas de carácter anti-populista. Es cierto que a las hegemonías anti-populistas les cuesta constituirse, especialmente cuando en períodos históricos previos los significantes vacíos han sedimentado en términos de “pueblo”, que es un significante tradicionalmente vinculado con la lucha democrática.<sup>34</sup> En estos casos la operación contra-hegemónica de la derecha ha sido la de centrarse, no en disputar los significantes flotantes, sino en modificar los significantes vacíos estructurantes.<sup>35</sup>

El tercero de los solapamientos conceptuales que se presentan en *LRP* es el del populismo con la democracia: "Sin la producción de vacuidad no hay pueblo, no hay populismo, pero tampoco hay democracia" (p. 213). Aquí lo democrático pareciera centrarse en la defensa de los intereses populares, en la incorporación de los sectores

---

<sup>31</sup> S. Zizek, “Mantener el lugar”, en Butler, Laclau y Zizek, *Contingencia...*, op. cit.

<sup>32</sup> S. Zizek, “Against...”, op. cit, p. 558 y p. 567.

<sup>33</sup> S. Zizek, “Schlagend...”, op. cit, p. 194.

<sup>34</sup> Toda hegemonía se construye sobre una arena democrática. Al respecto puede consultarse J. Balsa, “Notas para una definición de la hegemonía”, *Nuevo Topo*, 3, 2006.

<sup>35</sup> Un interesante análisis sobre su penetración en las bases del Partido Laborista inglés en L. Phillips, “Hegemony and Political Discourse: the lasting impact of Thatcherism”, *Sociology*, 32 (4), 1988. En un plano más profundo, esta hegemonía neo-liberal se basa, a nuestro entender, en una modificación en las formas de vida (J. Balsa, “Las tres lógicas de la construcción de la hegemonía”, *Theomai*, 14, 2006).

marginales a la esfera pública.<sup>36</sup>

Laclau está escamoteando el análisis a la tensión entre el populismo y el componente liberal de las democracias modernas.<sup>37</sup> El liberalismo es el gran ausente de *La razón populista*, a pesar de que en anteriores trabajos formulaba una valoración positiva del liberalismo político.<sup>38</sup> Es evidente que falta una teorización sobre los elementos anti-liberales del populismo y sus efectos en la relación entre populismo y democracia.<sup>39</sup> Y ésta es ineludible para Laclau ya que no reniega del valor de la democracia.<sup>40</sup>

Sin embargo, en otra parte de *LRP*, se formulan apreciaciones que pueden ayudar a articular el populismo con una concepción agonista de la democracia, tal como la encontramos en C. Mouffe.<sup>41</sup> En realidad Laclau no avanza en este sentido, pero al reflexionar a partir de la obra de Joan Copjec afirma que algún obstáculo inherente frena la pulsión única, y lo que hay son pulsiones parciales, inhibiéndose la realización del objetivo. Podemos decir que el populismo no profundiza la confrontación pues esto significaría una aniquilación del enemigo, cosa que no está en su esencia. Este es el componente reformista y no revolucionario del populismo. Busca que se reconozca el derecho democrático de las mayorías populares a ser el gobierno legítimo, pero no pretende que la plebe se transforme en la única clase. Más allá de ciertas características totalitarias, el populismo no trata a sus

---

<sup>36</sup> De algún modo Laclau está enfatizando el componente inclusivo/igualador de la democracia. Componente históricamente central que el liberalismo político logró disociar, para fundar conceptual y prácticamente una democracia que es intrínsecamente desigual en el plano económico y social (sobre este tema puede consultarse D. Losurdo, *Democracia ou Bonapartismo. Triunfo e decadência do sufrágio universal*, Rio de Janeiro, Editora UFRJ/Editora UNESP, 2004). Indudablemente, tal como afirma Laclau, el socialismo revolucionario hizo sus *aportes* permitiendo incluso la apropiación de la democracia por el liberalismo.

<sup>37</sup> La democracia, según Mouffe, sólo podrá asegurarse aceptando la "paradoja democrática" que surge de la tensión que se deriva de los efectos de las dos lógicas irreconciliables: la liberal y la democrática (C. Mouffe *La paradoja...*, op. cit.)

<sup>38</sup> Ver, por ejemplo, *Nuevas reflexiones...*, op. cit., p. 144.

<sup>39</sup> Una aguda reflexión sobre este vínculo la encontramos en B. Ardit, "El populismo como periferia...", op. cit.

<sup>40</sup> Como sí lo hace Zizek: "I claim that today's constellation the primary focus should *not* be on anticapitalism but on undermining the fetishist status of democracy as our master-signifier" y citando a Badiou insiste en que "the enemy is not called Empire or Capital. It's called Democracy" (S. Zizek, "Schlagend...", cit., p. 193). Otra interesante reflexión acerca del papel de la democracia representativa en la dominación política en el capitalismo avanzado, puede encontrarse en P. Anderson, *Las antinomias de Antonio Gramsci*, Barcelona, Fontamara, 1978.

<sup>41</sup> Especialmente en C. Mouffe, *En torno...* op. cit.

oponentes como "enemigos" a aniquilar, sino más bien como "adversarios" a combatir (por lo cual tampoco niega el conflicto). No podría haber un acercamiento mayor con la idea de "democracia agonística" de Mouffe.

Esta lógica tiene como segunda consecuencia cierta eternización de la situación populista original. Por un lado, los sectores populares nunca pueden "superar" la etapa populista y su relación con dicho movimiento perdurará por largos períodos. Por otro lado, el anti-populismo siempre pervive allí, asechando.

De todos modos, estas reflexiones ni están presentes en *LRP*, ni resuelven las tensiones que históricamente los populismos han tenido con las formas liberales de la democracia moderna.<sup>42</sup> Por otra parte, las propuestas totalizantes (más que totalitarias) de estos estados populistas están más bien asociadas a un abandono de la lógica populista y un giro hacia discursividades universalizantes.<sup>43</sup>

Cabe aquí una reflexión de tipo más general. Las operaciones de inversión de los conceptos tradicionales sobre el populismo que realiza Laclau abren perspectivas de análisis originales, licuan los prejuicios, pero no resuelven algunas de las críticas que la bibliografía había señalado en torno al populismo. En este mismo sentido, podemos destacar dos cuestiones finales. En primer lugar, observamos un sorprendente abandono del papel que tenía lo mítico en la construcción de las identidades sociales en anteriores elaboraciones de Laclau.<sup>44</sup> Pareciera que en su esfuerzo por racionalizar al populismo, ha sentido la necesidad de ocultar todas las cuestiones que pudieran connotar elementos menos racionales.

En segundo lugar, no profundiza la tensión entre liderazgo populista y participación

---

<sup>42</sup> En particular, Žižek ubica en el populismo una tendencia hacia el profascismo ("Against...", op. cit., p. 557). Consideramos que la réplica de Laclau demuestra la falacia en el razonamiento de Žižek ("Por qué construir...", op. cit., pp. 2-4). De todos modos, para avanzar sobre estas cuestiones habría que comparar más precisamente los grados de coacción a las libertades que concretamente aplicaron los gobiernos populistas en relación con las actividades de las alternativas políticas anteriores y posteriores.

<sup>43</sup> El momento de recomposición del principio general de dominación, fetichización del Estado e implantación de una concepción organicista de la hegemonía, según los términos de De Ipola y Portantiero, "Lo nacional popular...", op. cit., p. 288.

<sup>44</sup> Ver, por ejemplo, *Nuevas reflexiones...*, op. cit., pp. 77-80.

popular. Ya mencionamos el rápido deslizamiento que, siguiendo a Freud, realiza desde la nominación a la individualidad, y de ella al individuo y al líder. Laclau simplemente enumera estos conceptos, pero no elabora una explicación de sus vinculaciones. Se preocupa por demostrar que toda política requiere de un líder y que, por lo tanto, el populismo en este punto tampoco se diferencia de otras formas políticas. Pero creemos que, en este movimiento abstracto, no se resuelven las críticas a las trabas que muchos populismos pusieron (especialmente una vez que llegaron al poder) a la participación popular. Al mismo tiempo, por defender el populismo de sus críticos liberales, se cierra la posibilidad de pensar formas de autogobierno, de una democracia popular en la que los sujetos, como proponía Gramsci, se vuelvan autodirigentes.<sup>45</sup>

Evidentemente *LRP* abre más cuestiones que las que logra abordar con precisión, pero tal vez este no sea su defecto sino una de sus virtudes, al aportar interrogantes para desplegar un campo de investigación sobre el tema. Sin duda, así como *Hegemonía y estrategia socialista* se convirtió en un verdadero clásico para los estudios posmarxistas (e incluso una referencia obligada para toda renovación del pensamiento marxista), creemos que *La razón populista* será un aporte ineludible a la hora de profundizar el conocimiento del populismo en particular y la sociología política en general.

---

<sup>45</sup> Al respecto, ver G. Semeraro, "Tornar-se 'dirigente'. O projeto de Gramsci no mundo globalizado", en C. N. Coutinho y A. de Paula Teixeira, *Ler Gramsci, entender a realidade*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 2003.